



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/)

Posverdad, fake news y desinformación en la sociedad vigilada
Luciano Sanguinetti
Tram[p]as de la Comunicación y la Cultura (N.º 88), enfoques, e064, 2023
ISSN 2314-274X | <https://doi.org/10.24215/2314274xe064>
<http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/trampas>
FPyCS | Universidad Nacional de La Plata
La Plata | Buenos Aires | Argentina

POSVERDAD, *FAKE NEWS* Y DESINFORMACIÓN EN LA SOCIEDAD VIGILADA

POST-TRUTH, FAKE NEWS AND DISINFORMATION
IN THE SURVEILLED SOCIETY

Luciano Sanguinetti

lsanguinetti@perio.unlp.edu.ar
<https://orcid.org/0000-0003-2894-8883>

Facultad de Periodismo y Comunicación Social
Universidad Nacional de La Plata | Argentina

Resumen

En el presente artículo el autor reflexiona sobre la expansión en el mundo digital de las *fake news* y las estrategias de desinformación que desarrollan grupos políticos, empresas o Estados, con el objeto de incidir en determinados contextos (electorales, crisis político institucionales, competencia empresarial, etc.) sobre las conductas de la población. Fortalecidos por la conectividad, estas nuevas formas de manipulación de la información son analizadas por el autor como parte del proceso de digitalización de las sociedades, desmintiendo, así, las promesas de los ideólogos de la Sociedad de la Información. Ante esta encrucijada, se necesitan más acciones de *fact-checking*, de institucionalización de organismos de control y seguimiento de la información, así como de alfabetización digital.

Abstract

In this article, the author reflects on the expansion in the digital world of fake news and disinformation strategies developed by political groups, companies, or States, with the aim of influencing certain contexts (electoral elections, political-institutional crises, business competition, etc.) on the behavior of the population. Strengthened by connectivity, these new forms of information manipulation are analyzed by the author as part of the digitization process of societies, thus denying the promises of the ideologues of the Information Society. Faced with this crossroads, more fact-checking actions are needed, as well as the institutionalization of information control and monitoring agencies, as well as digital literacy.

Palabras clave | posverdad, fake news, desinformación, sociedad vigilada

Keywords | post-truth, fake news, disinformation, surveilled society

Recibido: 28/12/2022 | Aceptado: 27/02/2022 | Publicado: 03/04/2023

POSVERDAD, *FAKE NEWS* Y DESINFORMACIÓN EN LA SOCIEDAD VIGILADA

Por Luciano Sanguinetti

Verdades en crisis

2

La mentira no es nueva. Tampoco lo es su publicación en los medios de comunicación. Quizás una de las primeras fue aquella que contaba que la tierra estaba sostenida por tortugas. Luego, al regreso de las Américas de Cristóbal Colón, el navegante genovés, la mentira fue para muchos/as que aquella tierra plana era, en realidad, redonda.

Desde entonces, han circulado infinidad de relatos mentirosos o fraudulentos. Uno de los más recordados e ingeniosos es el que describe el alunizaje de Neil Armstrong y compañía como un fraude urdido entre la NASA y Hollywood, con Stanley Kubrick detrás de cámara.¹ ¿Cómo puede ser que hace cincuenta años el hombre haya logrado pisar la luna y que nunca más se haya sabido de otro viaje? ¿La bandera norteamericana ondea sobre la superficie lunar en un lugar donde se supone que no existe el viento? Estas son las numerosas dudas y objeciones de los incrédulos. Es difícil convencerlos de su error o de su extraña fe en el descrédito. Pero así son los/as fanáticos/as.

También están quienes dudan de que Lee Harvey Oswald sea el verdadero asesino de JFK; quienes cuentan que durante el gobierno de Perón alguien vio los pasillos de la Casa Rosada repletos de lingotes de oro, o quienes dicen haber visto a Adolf Hitler bañándose en el lago Nahuel Huapi; también están quienes niegan el Holocausto. A este inmenso coro de desconfiados/as se suman, en la actualidad, quienes piensan que el calentamiento global es una mentira de las izquierdas mundiales o que el virus de la covid-19 lo expanden las antenas de wifi.

¿Cuáles son las diferencias entre las mentiras de antes y las de ahora? ¿Por qué, de pronto, esta vieja artimaña humana se vuelve tema de reflexiones filosóficas, sociológicas y psicológicas? Muchos señalan que la culpa es de las redes sociales (Boczkowski, 2016; McIntyre, 2017; Aparici & García-Marín, 2019). Lo cierto es que esta duda generalizada existe. Que al mundo de la sospecha en el que vivimos se suma ahora el de la incertidumbre. Repasemos algunos libros: entre 2017 y 2020, se publicó una serie interminable de textos que analizan este nuevo fenómeno social, las noticias falsas: *Fakecracia* (2020), de Omar Rincón y Matías Ponte; *Fake News, trolls y otros encantos* (2020), de Ernesto Calvo y Natalia Aruguete; *#Fakeyou, Fake news y desinformación* (2019), de Simona Levi; *Fake news, la nueva arma de destrucción masiva* (2019), de David Alandete. Solo por citar los más recientes.

En 2017, *fake news* se convirtió en la palabra del año, según el diccionario internacional de Oxford; y la palabra posverdad, lo había sido el año anterior. Es significativo el crecimiento de proyectos legislativos en muchos países del mundo para tratar de regular el fenómeno y ya se han producido las habituales declaraciones internacionales que señalan la magnitud del problema. Probablemente, la más significativa sea la [Declaración Conjunta sobre Libertad de Expresión y «Noticias Falsas» \(«Fake News»\), Desinformación y Propaganda](#), suscripta en 2017 por el Relator de Naciones Unidas para la Libertad de Opinión y Expresión, la representante de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE) y el delegado de la Organización de los Estados Americanos (OEA), en la que manifiestan su preocupación por la difusión creciente de «noticias falsas y desinformación».² Pero ¿por qué en 2016 y 2017 estos dos conceptos se volvieron las palabras del año?

Posiblemente, mucho haya tenido que ver esa verdadera implosión del sistema político norteamericano que significó la victoria de Donald Trump como presidente de los Estados Unidos y su ingreso a la Casa Blanca. La batalla del candidato republicano con los «grandes medios», sus altisonantes declaraciones «incorrectas» y su posicionamiento como un *outsider* de la política le dieron un despliegue periodístico inevitable. En ese contexto, las denominadas noticias falsas fueron el sesgo distintivo de su campaña, al instalar en la opinión pública conceptos y definiciones que estaban muy lejos de las posiciones compartidas por gran parte de la población norteamericana. El debate sobre el calentamiento global, sus expresiones sexistas o la clara polémica con los medios haciéndolos responsables de la desinformación, le otorgaron a Trump una centralidad durante la campaña electoral y, más tarde, durante todo su mandato, que pocos/as candidatos/as y presidentes han tenido antes. Trump fue un deliberado manipulador de la información, que contradujo largos consensos sostenidos por la clase política norteamericana –y por gran parte de sus agencias oficiales–, en sintonía con lo que Ignacio Ramonet (09/11/2016) definió como «la rebelión de las bases».

¿Qué es, en verdad, la posverdad? Hay traducciones que la definen como una «verdad emocional». Para estas definiciones, posverdad implica la idea de que los hechos están subordinados a nuestro punto de vista político, que los sentimientos importan más que los hechos. Para Leonardo Murolo (2019), «una posverdad es una idea, un imaginario, un conjunto de representaciones sociales o de sentidos ya incorporados por las audiencias y desde donde son posibles *fake news* que refuerzan esa idea afirmándola o ampliándola» (p. 62).

Nada muy diferente a nuestros prejuicios. Para Lee McIntyre (2017), la posverdad equivale a una «suerte de supremacía ideológica, a través de la cual sus practicantes tratan de obligar a alguien a que crea en algo, tanto si hay evidencia a favor como si no» (p. 44). Así, hay que buscar el origen de la posverdad en tres factores concomitantes:

- El negacionismo del conocimiento científico.
- El declive de los medios de comunicación tradicionales.
- El auge del posmodernismo científico.

El primer factor, el negacionismo del pensamiento científico es una corriente que tiende a descreer de los consensos científicos; en particular, cuando estos sostienen argumentos o hipótesis que se distancian del sentido común o de las tradiciones. Detrás de los/as negacionistas del saber de la ciencia (paradójicamente, defensores/as de la posverdad) existe un pensamiento mágico, religioso, de creencias largamente consolidadas. Para estos, la ciencia no es definitiva y tanto puede sostener una cosa como otra, y los/as científicos/as mismos/as no se ponen de acuerdo. Ante esa duda, nosotros/as también podemos tener nuestras propias certezas, dicen los/as negacionistas. Muchas veces, esas certezas son opiniones o percepciones particulares pero que se sostienen como criterio de verdad.

Como bien señala McIntyre (2017), la primera experiencia sobre el trabajo de desmontaje del saber científico fue la campaña de manipulación desarrollada durante los años cincuenta por la industria tabacalera contra las pruebas científicas que demostraban la influencia del tabaquismo en el desarrollo del cáncer. En *Mercaderes de la duda* (2018), Naomi Oreskes y Erik Conway analizan las diferentes campañas que ciertas corporaciones norteamericanas desarrollaron para impugnar conocimientos científicos que las perjudicaban y prueban cómo la industria tabacalera subvencionó investigaciones e instituciones científicas para que pusieran en duda los descubrimientos que ligaban el cáncer con el tabaquismo. La misma estrategia siguió Trump con el cambio climático. Corporaciones, instituciones académicas, voceros científicos, comenzaron a opinar y a producir informes que ponían en duda estas verdades o consensos científicos. Más que probar una nueva teoría o sostener una visión alternativa, su trabajo era cuestionar el hallazgo científico y las pruebas presentadas por los/as investigadores/as en los documentos científicos más conocidos o difundidos.

El segundo factor clave en la puesta en funcionamiento de esta cultura de la posverdad es, para McIntyre (2017), el declive de los medios de comunicación tradicionales; en el caso norteamericano, el final de los medios nacionales que constituían una suerte de argamasa cultural compartida, en la que pocos emisores (los grandes diarios, las escasas señales nacionales de televisión y los resúmenes noticiosos que todo el mundo veía), a lo largo de más de cuarenta años, entre 1940 y 1980, se habían comportado como un lugar común de construcción del consenso informativo sobre lo que se entendía como la verdad.

A partir de los años ochenta, la aparición de las primeras cadenas de noticias, de nuevas señales pagas y de medios como Fox o la CNN, junto con su búsqueda por alcanzar posicionamientos con sesgo cognitivo, fue vulnerando esta idea de cultura compartida. En tanto, el desarrollo de la web, la proliferación de emisores, la progresiva baja de lectores/as de los grandes diarios y la pérdida de audiencias de la televisión de aire fueron minando ese discurso único. La posverdad también se alimenta de esta multiplicidad informativa, de esta suerte de coro discursivo que, como un contrasentido –por la mayor pluralidad de fuentes informativas muchos/as aspirábamos a ver crecer un lector crítico–, invirtió los resultados esperados. De este modo, la sobreinformación comenzó a conspirar contra una ajustada lectura de la realidad.

Como tercer ingrediente, McIntyre (2017) remite a la deconstrucción cultural producida en los últimos años por el posmodernismo, en particular, al auge que esta corriente de pensamiento ha tenido en el ámbito de las humanidades dentro de las universidades norteamericanas. Es interesante pensar este señalamiento que, más allá de su real fundamentación, denota el impacto que para el mundo académico han significado los aportes y los desarrollos de los filósofos de la sospecha (Marx, Freud y Nietzsche). McIntyre (2017), algo obsesionado, observa que las teorías de la deconstrucción que comenzaron con Jacques Derrida en el ámbito de los estudios literarios –donde el eje estaba centrado en poner en tela de juicio la autoridad del autor del texto, para analizar, mediante la deconstrucción de la obra, las múltiples perspectivas, intereses y determinaciones que hablaban en la obra–, derrumbaron los poderes legitimados de ciertos consensos en unas ciencias dominadas por el objetivismo y por el empirismo, e incentivaron un relativismo pleno de incertidumbres. Recordemos la famosa tesis de Michel Foucault (1975) sobre las relaciones del saber con el poder y sobre las *epistemes* como marcos que condicionan lo que podemos pensar. La corrosiva crítica deconstruccionista derribó paradigmas y fortalezas de la ciencia, en paralelo a las impugnaciones sobre la «normalidad» de los nuevos feminismos, las teorías transhumanistas y las corrientes posestructurales. Esta perspectiva se extendió, luego, a las ciencias sociales en general. Ahí, según esta lectura algo parcial del posmodernismo, la verdad no era consecuencia de la evaluación de los hechos o de las pruebas científicas, sino una cuestión de poder.

Aunque sin llegar a tanto, el caso reciente de la periodista y presentadora argentina³ que puso en duda las medidas precautorias sobre la pandemia desatada por la covid-19, e ingirió en cámara dióxido de cloro para desacreditar las definiciones de «los infectólogos», puede ser ilustrativo. Como apunta McIntyre (2017), no es tanto sostener una nueva verdad, sino poner en duda la existente o consolidada. Por supuesto, en estas estrategias de manipulación o de construcción de posverdades, no es un dato menor que los consensos que se cuestionan sean los nuevos paradigmas sobre el ambientalismo, el feminismo, los movimientos sociales, las concepciones de género. Así, no debería resultar sospechoso o paradójico hacia dónde se dirigen estas campañas. ¿Es el deconstruccionismo el causante de la posverdad o será que las teorías críticas contemporáneas (entre las cuales se puede encontrar el deconstruccionismo) son la expresión de sociedades en las que las verdades del poder se revelan en crisis? Si leemos el trabajo de Razmig Keucheyan (2018) sobre el pensamiento crítico actual, veremos que lo que sucede es que estas teorías o corrientes han logrado salir de los guetos, romper su aislamiento de los movimientos sociales y reflejar su incidencia en las luchas políticas actuales.⁴

Redes sociales, burbujas y sesgo cognitivo

Para comprender mejor este proceso de configuración de los nuevos sentidos comunes (y lo digo en plural, a propósito, para comprender lo difícil que es construir una mirada compartida sobre lo real, en esta suerte de juego complejo que alguna vez Umberto Eco (1987) profetizó como «guerrilla semiológica»), debemos analizar un cuarto factor: el efecto burbuja en el que en la actualidad se consumen noticias, informaciones, datos, historias y visiones. Porque, es cierto, los nuevos dispositivos tecnológicos de información y comunicación, las dimensiones de contacto y de vínculo social (que Eliseo Verón [2012] llamó «relacionales», esto es, producidos por las redes sociales) y las dimensiones vinculadas con el conocimiento (los motores de búsqueda), son las claves para comprender cómo se horada la trama social compartida que habían construido la televisión y los diarios durante gran parte del siglo XX (Sanguinetti, 2021).

Dominique Wolton (1999) decía, hace veinte años, que lo único que compartían los/as habitantes de un país era la televisión y que eso los/as

hacia «parte» de un mundo en común, en el marco de culturas nacionales y de territorios delimitados. El avance de las señales internacionales de televisión, de los blogs y los sitios informativos en Internet, y de las redes sociales, hasta llegar a los circuitos de consumo en línea, interactivos y simultáneos por *streaming*, transformaron ese paisaje común. En la actualidad, el vínculo es directo, polisémico, descentrado, horizontal, reactivo, individual, segmentado y global.

Sin embargo, aquella promesa de pluralidad, de apertura, de ciudadanías desterritorializadas y horizontales que anunciaban los primeros profetas del ciberespacio pareció desmentirse ni bien los algoritmos empezaron a tallar fuerte. Claro, una cosa era cuando la red era de todos/as o de muchos/as, y las experiencias colaborativas y las redes generaban una expectativa importante en términos de la democratización de la palabra; otra, cuando algunas plataformas comenzaron a imponerse como único modo de acceso al mundo digital. Quien primero dio la señal de alerta fue Eli Pariser⁵ en *El filtro burbuja* (2017), donde denunciaba esta suerte de clausura de la diversidad.

Cuando buscamos un término en Google, la mayoría de nosotros asume que todos vemos los mismos resultados; aquellos que PageRank,⁶ el famoso algoritmo de la empresa, sugiere que son los de más relevancia a partir de los enlaces de otras páginas. Pero desde diciembre de 2009 ya no es así. Ahora obtienes el resultado que el algoritmo de Google sugiere que es mejor para ti en particular; y puede que otra persona vea algo totalmente diferente. En otras palabras, ya no existe un Google estándar (Pariser, 2017, p. 12).

Timothy Berners-Lee, creador de la red, alertó sobre el proceso de encapsulamiento que estaban generando las distintas redes sociales y sitios, que se convertían en islas fragmentadas, muy lejos de los principios y las aspiraciones de los fundadores de la web (Halliday, 22/11/2010). Lo denominó el «efecto silo». Si los algoritmos nos conducen a recibir solo información que se supone coincide con nuestros prejuicios, con nuestros modos de ver el mundo, es probable que en poco tiempo cada uno vuelva a vivir en guetos, en sus mínimas comunidades, en sus propios mundos aislados. Marshall McLuhan presagió este efecto al referirse a la «retribalización» de las sociedades (Aparici & García-Marín, 2019). Para Pariser (2017), hay varios aspectos fundamentales

en los que la «burbuja de filtro» opera sin cortapisas: la cuestión de la relevancia, el sesgo de confirmación, y la reducción del espacio del conocimiento y la diversidad.

La cuestión de la relevancia

El tema dominante en el inicio de la red fue cómo ordenar y facilitar los accesos de los/as usuarios/as ante un mundo de datos que se multiplica exponencialmente. La respuesta fueron los algoritmos de búsqueda de Google; la cuestión de la relevancia fue uno de los temas centrales en la época pionera de las plataformas y, en gran medida, lo que le dio sus primeros grandes beneficios a los que encontraron las mejores respuestas. Así, fue la experiencia de **Amazon**, como un buscador de libros, en principio, y el algoritmo que ofrecía a los/as compradores/as de determinados textos ofertas similares que respondían a sus gustos; y lo mismo pasó con Facebook, así como con Google en las sucesivas actualizaciones (Panda, Caffeinne, etc.) del algoritmo creado por Larry Page, fundador de Google junto con Serguéi Brin.

La cuestión de fondo que siempre estuvo detrás de este debate es cómo y quién cura, intermedia y funciona como el viejo *gatekeeper* de la información. Este concepto, fundamental en los primeros estudios sobre información, fue acuñado en 1947 por el psicólogo Kurt Lewin (Mattelart & Mattelart, 1997), quien durante la segunda guerra mundial estudió los mecanismos por los cuales ciertos alimentos ingresaban a la dieta familiar de la población. Allí encontró que el «portero» (traducción del concepto inglés *gatekeeper*) era la mujer de la casa. Había que lograr que la mujer de la casa, «la ama de casa», dejara pasar, abriera la puerta, porque ella era el filtro. En aquel caso, se descubrió que en los grupos sociales ciertas personas funcionan como *gatekeepers*; generalmente, gente de la comunidad pero más informada, con más acceso al «otro lado». Durante muchos años, los medios de comunicación funcionaron como *gatekeepers*, abriendo a la comunidad informaciones, noticias, opiniones. Como sabemos, la *agenda setting* fue la teoría que en el campo de la comunicación utilizó esta categoría.

De alguna forma, los algoritmos son una estrategia para derribar esos *gatekeepers* y para trasladarlos al uso diario de las personas. Ahora, no hay intermediarios, no hay curaduría. ¿Quién me dice que esto es importante,

que esto tiene valor? Yo mismo. ¿Cómo? Mediante el algoritmo que matematiza mis preferencias, mis búsquedas. Ahora bien, aunque esto no es nuevo –de algún modo, el sesgo de confirmación es previo a las redes–, el problema es que en la actualidad el universo en exposición, la góndola de ofertas, diríamos, comienza a programarse antes de mi búsqueda. ¿Estoy en verdad eligiendo si las opciones que se presentan ya están formateadas por mis gustos anteriores? ¿Qué posibilidades de abrir paso a lo nuevo hay si solo me guío por mis gustos presentes que, además, han sido conformados por mis acciones pasadas?

El sesgo de confirmación

La segunda cuestión que plantea Pariser (2017) es el llamado «sesgo de confirmación», que se vuelve un problema cuando el mecanismo de selección de la información que produce el algoritmo de búsqueda tiende a construir una suerte de «campana» de reforzamiento de creencias y de conocimientos. Es muy probable que con el tiempo el acceso a documentos y a páginas se vuelva uniforme. La tendencia natural a buscar en los datos sustento a nuestras creencias preexistentes –según McIntyre (2017), el sesgo de confirmación es «la tendencia a dar más peso a la información que refuerza nuestras creencias preexistentes» (p. 266)– se vuelve extrema con la extensión de la red que vuelca de manera infinita datos y noticias que configuran un silo de información, una burbuja que tiende a mostrarme un mundo que es un espejo del que yo mismo configuro. De este modo, opto por seguir contactos que concuerdan con mi línea de pensamiento, leo medios que ratifican mis visiones del mundo, y prefiero y comparto declaraciones y opiniones de dirigentes que representan mejor mis ideas.

Esta tendencia psicológica es la que conforma un potencial peligro respecto al acceso a la información y al conocimiento en la «cultura de la conectividad» (Van Dijck, 2013), la etapa actual de la información. Como señala Inés Dussel (2013), en el prólogo al libro de Van Dijck, no se trata tanto de si las tecnologías nos volverán menos humanos, sino de «cómo y con qué rumbo seguirán desplazándose nuestras interacciones, por quién y por qué serán gobernadas» (p. 9). Si en la etapa anterior del mundo mediático, que se extendió casi hasta el final del siglo XX, el acceso a la información –mediada por los medios tradicionales de comunicación que ofrecían un menú

generalizado de informaciones que eran inevitablemente consumidas– tuvo un momento de transición con las ofertas «a la carta» –representadas por las señales de televisión temáticas o los diarios especializados–, con la llegada de la digitalización la edición automática pasó a ser realizada por el algoritmo, que elige por nosotros, configurando un proceso de peligroso reduccionismo informativo. Según Pablo Boczkowski (2006), la tendencia a la digitalización de las noticias, más que ampliar el rango de consumo informativo lo reduce. Por temas, por perfiles ideológicos, por sesgo de confirmación, lo que coadyuva a la constitución de otro problema del consumo informativo: el «razonamiento motivado».

La definición que brinda Van Dijck (2013) de este pasaje resulta ilustrativa:

En 1991, cuando Tim Bernerd-Lee logró vincular la tecnología del hipertexto a la Internet, con la creación de la World Wide Web (Red de Extensión Mundial, WWW) fundó las bases de un nuevo tipo de comunicación en redes. Los blogs, los distintos medios de suscripción a noticias y actualizaciones, y los servicios de correo electrónicos contribuyeron a la conformación de comunidades online y sirvieron de ayuda a grupos offline. Hasta el cambio de milenio, los medios de la red eran, en su mayoría, servicios genéricos a los que el usuario podía suscribirse o de los que podía hacer uso de manera activa para construir grupos, pero estos servicios no lo conectaban a otros usuarios de manera automática. Poco después del cambio de milenio, con la llegada de la web 2.0, los servicios online dejaron de ofrecer canales de comunicación en red, y pasaron a convertirse en vehículos interactivos y retroalimentados de socialidad en red (Castells, 2007, Manovich, 2009). Estos nuevos servicios que abrieron un vasto espectro de posibilidades de conexiones online, fueron percibidos desde un principio como una nueva infraestructura global, al estilo de las cañerías de agua o los cables de electricidad, análogos a la propia red (p. 21).

La reducción del espacio del conocimiento y la diversidad

La preocupación de Pariser (2017) sobre el impacto del filtro burbuja se dirige, finalmente, a pensar las consecuencias de los efectos del algoritmo dentro de las instituciones democráticas. En principio, los motores de búsqueda personalizados comienzan a ejercer sobre los/as usuarios/as un efecto

de campana. Es decir, reducen el espectro de posibilidades, remitiendo la información hacia el sesgo de confirmación de sus propias creencias. En realidad, el conocimiento se produce generalmente sobre el vacío, sobre un dato que no existe o que no encontramos, una suerte de disrupción o de anomalía que despierta la curiosidad o la intriga. ¿Cuántos inventos y descubrimientos fueron producto también de la *serendipity*? Efecto por el cual se encuentra algo que no se busca, o que aparece por azar o por fuera de nuestros planes. A este efecto debemos varios descubrimientos, como la penicilina o los rayos X.

El universo acotado de la red, las respuestas rápidas a lo que buscamos, el conocimiento empaquetado, suelen funcionar como un aletargamiento de las inquietudes del conocimiento. Pero, a su vez, este proceso de ocultamiento, de reducción de los accesos a la información y al conocimiento, de fragmentación de la realidad, de los llamados «silos de información», también conduce, como señala Pariser (2013), a un acortamiento del espacio público, de la esfera pública sobre la cual los/as ciudadanos/as toman decisiones informados/as. De allí que el «filtro burbuja» sea un problema para las democracias.

La mayor dificultad de las democracias, escribió John Dewey, radica en descubrir los medios a través de los cuales un público disperso, móvil y múltiple puede reconocerse a sí mismo hasta el punto de poder definirse y seguir sus intereses. En los albores de internet esta era una de las grandes esperanzas del medio: por fin había una herramienta mediante la cual pueblos enteros –así como países– podrían co-crear su cultura por medio del discurso. La personalización nos ha producido algo muy distinto: una esfera pública clasificada y manipulada por algoritmos, fragmentada a propósito y hostil al diálogo (p. 165).

Fake news y desinformación

Una quinta dimensión en la que se implica a la posverdad es el desarrollo, la expansión y el uso deliberado de noticias falsas (*fake news*) como recurso político. Desde principios de la segunda década del siglo XX, este aspecto de la comunicación social y, en particular, de la comunicación política, ha llevado a muchos/as autores/as a tomarla como una de las problemáticas más

acuciante en el terreno de las comunicaciones. Rincón (Rincón & Ponte, 2020) ha definido a esto como la *fakecracia*: «Una democracia en la que la construcción de noticias falsas y la automatización maliciosa de redes sociales se han convertido en los principales recursos de comunicación política para sellar la era de la posverdad» (p. 15). Para Calvo y Aruguete (2020), en tanto, la aparición de las redes sociales activó un mundo de guerra, de hostigamiento y de malversación inédito dentro de la comunicación política, que construye sus ejes sobre ciertos dispositivos de la nueva comunicación.

[...] desde sus inicios, las redes sociales fueron un punto de encuentro y de socialización, aunque también una arena de intervención política. A medida que los usuarios colgaban contenidos para dar cuenta de sus preferencias políticas, distintas generaciones de aplicaciones los habilitaban para apoyar o para disputar las preferencias de sus pares interconectados. Los políticos, que hoy operan a muy bajo costo para modelar y para satisfacer las demandas informativas de sus votantes, reconocieron enseguida las virtudes de un sistema que personalizaba su relación con el electorado (Calvo & Aruguete, p. 10).

Sin embargo, el *Dayle Me* que había imaginado Nicholas Negroponte, esa suerte de ascético y de transparente diario personal que acercaría a cada usuario/a a las noticias del mundo según sus necesidades e intereses, se convirtió en un espacio de disputas, de confrontaciones y de manipulación, «un espacio de permanente exposición pública, gratificación narcisista y conflicto» (Calvo & Aruguete, p. 11). Para Levi (2019), la preocupación no es solo la de los/as usuarios/as de las redes, también observa que, en realidad, los intereses gravitantes que se mueven detrás de las noticias falsas son los poderosos de siempre. ¿Son las *fake news* verdaderamente un problema para el buen funcionamiento de las instituciones democráticas o una excusa de los poderes para recortar libertades y derechos fundamentales? En palabras de la autora:

Los propaladores de las noticias falsas no son los ciudadanos comunes, sino los gobiernos, las instituciones, los partidos políticos, los medios de comunicación de masas, los grandes poderosos, las corporaciones de gran alcance, o sus equivalentes en cada época histórica (Levi, 2019, pp. 12-13).

Como lo prueba el caso Mr. Tucker,⁷ analizado por Calvo y Aruguete (2020), la información falsa puede tener origen en una mala interpretación de un hecho por parte de un ciudadano común, pero ese error no tendría el carácter de una *fake news* sino fuera por el poder amplificador de los intereses que se ponen en juego en el contexto de algún tipo de disputa, sea política, comercial, electoral o simplemente de imagen. También es cierto que el origen de las *fake news* no solo pueden ser estas imprevistas manifestaciones individuales. Puede haber verdaderos promotores colectivos, como el caso de Macedonia, que relata Levi (2019), el cual se produjo durante las elecciones de Trump, en noviembre de 2016, cuando un grupo de jóvenes de una pequeña ciudad de aquel país europeo se dedicaron durante varios meses a producir noticias falsas sobre Hilary Clinton. ¿Su interés? Solo el negocio, porque vieron que las noticias falsas sobre la candidata demócrata tenían más *likes* y *retuits* que las otras.

Sin embargo, para muchos/as especialistas el término *fake news* no es correcto, ya que el carácter de noticia lleva implícita su veracidad, su referencia a un hecho real. Pero también, porque la falsedad no abarca la totalidad del fenómeno. Las noticias falsas no solo son errores de información, sino que integran y son una parte de una estrategia más general y compleja de manipulación y de desinformación que busca deslegitimar a contrincantes e influir en las percepciones y en las acciones de los colectivos sociales en determinados contextos. Hablamos, entonces, no solo de información falsa, sino también de información manipulada (Levi, 2019) en la que pueden intervenir cuentas automáticas (*bots*), modificaciones de imágenes y videos, o publicidad encubierta.

La mayor parte de los analistas coincide en señalar que las noticias falsas –y la consideración de ese fenómeno como un problema político y comunicacional– aparecen durante la campaña electoral que llevó a Trump a la presidencia de los Estados Unidos. En aquella reñida elección, el candidato republicano venció en el colegio electoral, en particular, por las victorias ajustadas en los estados de Wisconsin, Michigan y Pensilvania, donde Hilary Clinton perdió por muy pocos votos. Algunos estudios sugieren que las noticias falsas pudieron haber influido en los resultados. Sin embargo, otros/as autores/as matizan esta influencia. Tal es el caso del politólogo norteamericano Brendan Nyhan (2018), quien afirma haber comprobado que quienes estuvieron mayormente expuestos a noticias falsas durante la campaña fueron los votantes conservadores,

electores que, a su entender, «no son precisamente los indecisos» (*The New York Times*, 16/02/2018). Otro aspecto señalado por Nyhan (2018) es que la cantidad de noticias falsas que circula en determinada circunstancia en relación con el total de la información disponible es poco relevante. Según la contabilidad realizada por Twitter, los famosos «bots rusos» tuitieron 2,1 millones de veces antes de las elecciones, pero esto solo representó 1 % del todos los tuits relacionados con las elecciones durante ese período.

Si bien es cierto que esas observaciones suponen una influencia relativa de las campañas de desinformación y de manipulación informativa sobre la conducta electoral de los/as ciudadanos/as, también está probado que la influencia de los medios de comunicación sobre la conducta de las personas no se ejerce de modo puntual, con una suerte de influjo pavloviano, sino que se ejerce sobre la base de la constitución de los sentidos sociales compartidos sobre lo real, lo cual es resultado de procesos de larga data. Cosmovisiones del mundo, representaciones colectivas, marcos de interpretación, el sentido común del que hablara Gramsci; es ahí donde los medios son parte de los complejos engranajes de la construcción de hegemonías.

Para Murolo (2019), las campañas de desinformación actúan en la intersección entre las «representaciones sociales» y las «representaciones mediáticas», conceptos tomados de Alejandra Cebrelli y María Graciela Rodríguez (2013) a partir de los cuales se analizan los efectos de las noticias falsas. Según Murolo (2019), las noticias falsas no pueden ser analizadas en forma recortada, sino como parte de narrativas más amplias, construidas en el tiempo. De este modo, determinadas *fake news* se vuelven verosímiles y se viralizan en el juego de creencias que son previamente construidas.

No es un dato menor, entonces, que las *fake news* sean parte de una estrategia más general destinada a construir nuevas verdades, o, en todo caso, posverdades, como sugiere McIntyre (2017). Así, las noticias falsas son parte de las luchas por la interpretación, por la imposición de narrativas o por la constitución de nuevas narrativas. Calvo y Arugete (2020) recogen como prueba de estas disputas la polémica sobre las imágenes difundidas por la Casa Blanca durante el acto de asunción de Trump. ¿Cuánta gente había en la plaza? Claramente, en la inauguración de su gestión el presidente Trump pretendía reconfigurar la memoria histórica en relación con la asunción de su predecesor,

Barack Obama, quien ocho años atrás, según la prensa, había convocado al evento de investidura más multitudinario de la democracia norteamericana.

De la sociedad transparente a la sociedad vigilada

En un texto publicado a principios de la pandemia, el filósofo surcoreano Byung-Chul Han (2020)⁸ se preguntaba qué era más peligroso, si la pandemia o la sociedad digital. A partir de observar las formas de respuesta en Asia y en Europa, Han (2020) comparaba la eficacia de los gobiernos autoritarios que (por régimen y por cultura) habían podido desplegar una política de vigilancia y de seguimiento de pacientes y de vecinos, sin que eso generara ningún tipo de disturbio o de reclamo por parte de los/as ciudadanos/as en cuanto a su pérdida de libertad. Han (2020) señalaba: «En Oriente, el concepto de vida privada no existe». Más de 200 millones de cámaras de vigilancia, drones que controlan calles y paseos públicos, sensores que miden la temperatura en los accesos a aeropuertos o en trenes, y diversas plataformas y aplicaciones (*app*) le permiten al Estado chino saber, por ejemplo, dónde están, qué consumen y qué hacen los/as habitantes de su país (*Infobae*, 20/04/2020). Para Han (2020), Europa está muy lejos de eso: incluso para aquella primera etapa de la expansión de la covid-19 la población europea no usaba barbijo, costumbre que en ciudades como Shangai, Hong Kong o Taiwan es previa a la pandemia. La preocupación del filósofo surcoreano es que la razón pierda contra el miedo. Ante eso, señala que no queda otra alternativa que repensar la movilidad y regular los excesos de consumo, las dos arterias que riegan el corazón de la cuarta revolución tecnológica. ¿Es posible?

Para responder este interrogante, entendiendo que el problema de fondo es la opción entre una sociedad vigilada y una sociedad democrática, bien vale la pena reconstruir el proceso por el cual llegamos a este punto.

Así, nos preguntamos si en verdad esta experiencia inédita es solo de causa reciente. ¿Cuándo el sueño utópico de una sociedad transparente, producto del avance de las tecnologías digitales se volvió la pesadilla de vigilancia y de control de personas y de cosas? ¿En qué momento la esperanza de que los dispositivos de la nueva comunicación que presagiaban un mundo de apertura, libertad, acceso, democracia directa se convirtió en la paranoia derivada de un

mundo tecnificado manejado por algoritmos y por cámaras de vigilancia? ¿No íbamos a ser, por primera vez, dueños de nuestro destino, derribando fronteras, abriendo mercados, viviendo experiencias inéditas sin movernos?

Es difícil ponerle una fecha a esta mutación. Pariser (2017) parece decirnos que esto se produce cuando se modifica el algoritmo de selección de las páginas, en el pasaje de la red 2.0 a la 3.0, la llamada web semántica. Bernerd-Lee parece coincidir con eso. Las plataformas de las redes sociales (Facebook, Amazon, Twitter o Instagram) serían, en esas hipótesis, las responsables. Otros autores, como Ramonet (2016) ligan este proceso a las decisiones de los EE.UU., posteriores al ataque en las Torres Gemelas, cuando el presidente George W. Bush «aplicó una justicia de excepción» (p. 27). Con la sanción de la ley antiterrorista *Patriot Act* (2001) se le permitió al gobierno arrestar sospechosos por tiempo ilimitado, controlar sus comunicaciones, mails, celulares, correos y registrar domicilios sin orden judicial. En 2015, esta ley fue modificada por la *Freedom Act*, que mantuvo la mayor parte de sus facultades.⁹ Otros países desarrollaron legislaciones similares, como la ley *Renseignement*, votada en Francia en junio de 2015, que faculta a los servicios de inteligencia galos a realizar prácticas de vigilancia masiva. Para Ramonet (2016), la extensión ilimitada del espacio digital (el ciberespacio) como una nueva dimensión de las luchas geopolíticas contemporáneas y la «concentración de la red» por el proceso oligopólico comandado por las GAFAM (Google, Apple, Facebook, Amazon, Microsoft) constituyen las bases de un «imperio de la vigilancia».

Algo de eso nos cuenta el documental de Netflix *El dilema de las redes sociales* (2020). Las máquinas han tomado el control. Son los relatos apocalípticos de Terminator, Matrix o Ex-Maquina. ¿Podemos afirmar, entonces, que este proceso es propio del siglo XXI?

Uno de los primeros filósofos que habló de la «sociedad transparente» fue Gianni Vattimo (1989), en su debate sobre el fin de la modernidad. En aquel texto de los años noventa el filósofo italiano hacía referencia a la crisis de los grandes relatos que había anunciado Jean-François Lyotard; para Vattimo (1989), la caída de las miradas o perspectivas únicas y lineales de la historia, de la sociedad o de la ciencia, gestaban la posibilidad de una apertura, de una pluralidad de visiones del mundo. A su entender, la prensa, la radio,

la televisión, los llamados medios de masas, con sus posibilidades de mostrarnos los múltiples puntos de vista, habían acelerado la deconstrucción de la historia unitaria; aquella que había marcado el concepto de modernidad como un proceso lineal de iluminación, de progreso. Si no había un solo punto de vista desde el cual pararnos para hacer un relato lineal de la historia, la modernidad ilustrada, progresista, racional, concluía.

Los dispositivos digitales que vinieron después no hicieron más que acelerar y profundizar este proceso. Por transparencia, Vattimo (1989) no entendía una suerte de nueva racionalidad; por el contrario, el caos, la complejidad, la fragmentación, que esta nueva etapa de la historia señalaba, eran, también, condición de esa emancipación. Firme defensor, en ese entonces, de la categoría de posmodernidad, el filósofo italiano sostenía:

Este efecto de los mass media parece ser exactamente contrario a la imagen que se hacía de ellos un filósofo como Theodor Adorno. Sobre la base de su propia experiencia de vida en los Estados Unidos, durante la segunda guerra mundial, Adorno, en obras como *La dialéctica de la ilustración* (escrita en colaboración con Max Horkheimer) y *Mínima Moralia*, preveía que la radio (y sólo más tarde la televisión) tendría el efecto de producir una homologación general de la sociedad, permitiendo y hasta favoreciendo, en virtud de una suerte de tendencia propia, demoníaca e intrínseca, a la formación de dictaduras y de gobiernos totalitarios capaces de ejercer como el «Gran Hermano» de 1984, de George Orwell, un control arterial sobre los ciudadanos a través de la distribución de slogans, propaganda (tanto comercial como política) y visiones estereotipadas del mundo. Sin embargo, lo que de hecho ha sucedido, a pesar de cualquier esfuerzo por los monopolios y las grandes centrales capitalistas, es, más bien, al contrario, que la radio, la televisión y los periódicos se han convertido en componentes de una explosión y multiplicación generalizada de *Weltanschauungen*: visiones del mundo (p. 79).

Claramente, estábamos en los principios de los noventa. No puede estar exenta de estas lecturas la caída del Muro de Berlín, en 1989. Pero contra los presagios optimistas, ya sabemos, el mundo digital comenzó a traicionar sus propias esperanzas. Pero insistamos: ¿la transformación de la web en esa suerte de telaraña omnisciente, autoregulada, manipuladora, es un hecho específicamente tecnológico?

Nuestro hombre en La Habana

Cuando a finales de la década del cincuenta Graham Greene imaginó su novela de espías *Nuestro hombre en La Habana* (1958), la distancia geográfica y cultural podía hacer verosímil que un inesperado espía amateur enviara a la central de inteligencia británica reportes fraguados sobre supuestas acciones militares en aquel remoto país bananero. Por supuesto, desde entonces, mucha agua ha corrido bajo el puente; en especial, el famoso achicamiento del mundo que observara Hannah Arendt en *La condición humana* (1958), producto de la extensión de las tecnologías de información y comunicación. Evidentemente, el proceso que iniciaran los adelantados españoles en el siglo XV, como Cristóbal Colón o Hernando de Magallanes, al circunnavegar el globo, terminó de completarse con la extensión de la red. Entre medio se desarrollaron las vías férreas, los cables transoceánicos, el telégrafo, la radio... La interconexión del mundo fue un proceso largo, una larga revolución, como mencionó Raymond Williams, con toda la connotación contradictoria de este oxímoron.

Casi cincuenta años después de aquel texto clásico, el sociólogo brasileño Octavio Ianni observó, en *Teorías de la globalización* (1995), que el planeta había dejado de ser una «figura astronómica» para convertirse en una experiencia común, compartida, cotidiana. Más de dos tercios de individuos conectados, cifras siderales de espectadores de productos de masas, redes sociales de interacción inmediata, medios globales produciendo noticias desde todos los puntos del planeta. Hiperconectados, hipermediatizados, a las puertas de la segunda ola digital y la cuarta revolución industrial, la gran preocupación de la sociedad es si esa digitalización apabullante nos hará más libres o más dominados. ¿Terminaremos trabajando todos/as para una máquina inteligente o las máquinas funcionarán con personas inteligentes alrededor?, se pregunta Shoshana Zuboff en *La era del capitalismo de la vigilancia* (2018).

La experiencia presente de la covid-19 generó muchísimas observaciones sobre los peligros de la red. Dispositivos de control digital se lanzaron a establecer el seguimiento y el control de los/as infectados/as. Cámaras de vigilancia, aplicaciones digitales, geolocalizaciones y contactos de pacientes o de posibles infectados/as, fueron algunas de las diferentes estrategias que

los Estados de inmediato pusieron en marcha para hacer frente a la pandemia. Por primera vez, algunas de las observaciones de Foucault, se hacían realidad: biopoder, biopolítica, las categorías acuñadas por el filósofo francés comenzaron a ser de dominio público en revistas, diarios o textos que circulaban por WhatsApp.

Aunque escritos en el contexto de la sociedad de masas, los textos de Foucault –en especial, los que se editaron póstumamente a partir de los cursos en el College de France–, se convirtieron en cita obligada. Si bien todos sus textos tratan sobre el poder, es en *Vigilar y castigar* (1975) donde comienza a expresarse con más claridad su preocupación por esa articulación con el saber; con mayor intensidad, vendrán luego sus cursos: *Defender la sociedad*, 1975-1976; *Seguridad, territorio, población*, 1977-1978; y *Nacimiento de la biopolítica*, 1978-1979. Es en la clase del 17 de marzo de 1976, donde Foucault plantea con detenimiento su concepción del poder y menciona, específicamente, la transición entre la sociedad soberana, la sociedad disciplinaria y la sociedad de control o de seguridad.

A diferencia de la disciplina que se dirige al cuerpo, esta nueva técnica de poder no disciplinario se aplica a la vida de los hombres e, incluso, se destina, por así decirlo, no al hombre/cuerpo sino al hombre vivo, al hombre ser viviente; en el límite, si lo prefieren, al hombre/especie (Foucault, 2000, p. 220).

Para Foucault, que desde sus primeras obras venía analizando la forma en la que se construyen las ideas, pero desde una perspectiva nueva, porque su trabajo no era una historia de la filosofía o de las ideas políticas, sino que lo que buscaba era comprender cómo algo «podía ser dicho», las condiciones de posibilidad de los discursos, se trataba de una genealogía. Así, desde *Historia de la locura en la época clásica* (1961) o *Las palabras y las cosas* (1966), pasando por *Historia de la sexualidad* (1976), se dedicó a investigar la relación entre el poder y el saber. En este proceso, que comenzó por las instituciones psiquiátricas, las cárceles y las formas de exclusión, Foucault construyó una epistemología del poder. En sus últimos seminarios, este tema se volvió mucho más explícito. Como él mismo lo explica en una entrevista de 1980,¹⁰ lo que trató de comprender fue cómo el poder más que un agregado a las relaciones sociales, familiares y sexuales era parte co-sustancial de la trama de esas

relaciones, que eran todas en sí relaciones de poder. De este modo, se alejaba del marxismo que había pensado el poder en tanto ideología, tal como señalara su contemporáneo Louis Althusser, en *Ideología y aparatos ideológicos del Estado* (1970), al caracterizarlo como un epifenómeno de la base material. Para Foucault, la descripción minuciosa –«casi maniática», le reprocharán sus críticos– de los dispositivos de dominación y de opresión era la posibilidad de revelar su historicidad, de despegarlos de cualquier concepción naturalizada y de volverlos estrategias y tácticas históricas, de modo que si se desarrollaban otras fuera posible desmontar sus artificios de dominación.

En un texto canónico de 1990, «Post-scriptum sobre las sociedades de control», Gilles Deleuze ([1990] 1999) proyectó el desarrollo biopolítico de Foucault al periodo en que el sistema digital comenzaba a dar sus primeros pasos. Allí, desarrolló la triada foucaultiana que marcaba tres épocas: la sociedad de soberanía, la sociedad disciplinaria y la sociedad de control. Para el filósofo postestructuralista francés, el poder soberano correspondía a las sociedades antiguas, definidas por el modo de producción agrícola extractivo; las sociedades disciplinarias, a la sociedad burguesa moderna, que emerge en los siglos XVIII y XIX, y continúa hasta la segunda guerra mundial; y las sociedades de control, son las que se corresponden con la crisis del modelo industrial de desarrollo y su pasaje a una economía determinada por las tecnologías digitales. La crisis de las instituciones de encierro (fábrica, familia, escuela, hospital), así como el pasaje de la fábrica a la empresa y la revolución de las comunicaciones (con sus dispositivos de inclusión/exclusión), constituyen una nueva «modulación» de la subjetividad contemporánea.

Todos los centros de encierro atraviesan una crisis generalizada: cárcel, hospital, escuela, fábrica, familia. La familia es un interior en crisis, como lo son los demás interiores (el escolar, el profesional, etc.). Los ministros competentes anuncian constantemente las reformas supuestamente necesarias. Reformar la escuela, reformar la industria, reformar el hospital, el ejército, la cárcel; pero todos saben, que a un plazo más o menos largo, estas instituciones están acabadas. Solamente se pretende gestionar su agonía y mantener a la gente ocupada mientras se instalan estas nuevas fuerzas que ya están llamando a nuestras puertas. Se trata de las sociedades de control que están sustituyendo a las disciplinarias (Deleuze, [1990] 1999, p. 277).

Un simple cuadro lo explica:

HISTORIA		LÓGICA		PROGRAMA
Sociedades de soberanía	Sociedad feudal/ sociedad agraria	territorio	Espada	Poder de muerte: hacer morir/dejar vivir
Sociedades disciplinarias	Siglo XVIII/XIX Revolución industrial	Sujeto/ individuo	Disciplinas	Normalización, Instituciones (escuela, fabrica, convento, ejército), encierro
Sociedades de control	Finales del siglo XX/siglo XXI Sociedad tecnológica	Población	Biopolítica	Administrar la vida: hacer vivir/dejar morir

Cuadro 1. Post-scriptum, Deleuze ([1990] 1999). Fuente: elaboración propia

El Imperio contraataca

A finales del año 2000, Toni Negri y Michel Hardt publicaron *Imperio*, el texto que remozaría las visiones críticas desde el marxismo sobre el desarrollo capitalista. Un texto fundamental, de los que Keucheyan (2018) señala como «la nueva izquierda», inspirador de muchos movimientos sociales, ofrece la primera visión sobre este momento particular del desarrollo occidental. Para Negri y Hardt (2000), «imperio» y «multitud» son las dos categorías centrales. En ellas pivotea el concepto de biopolítica, de Foucault. Para los autores, esto se produce en el pasaje de una economía de producción de bienes materiales a una economía de producción cognitiva, simbólica, afectiva. En este proceso, ligado a la automatización y a la economía digital (en esos años está en franco proceso ascendente la revolución de la informática), la web, Internet, las aplicaciones, el mundo de las punto.com, reconfiguran un nuevo tipo de trabajo; cuando el trabajo sale de la fábrica –en particular, de las fábricas de los países centrales– y la producción se deslocaliza, estamos en la etapa final del proceso de consolidación de la economía globalizada, la crisis definitiva del Estado de bienestar, y el auge y triunfo del neoliberalismo. Para Negri y Hardt (2000), este es el momento de nacimiento del Imperio, con base en la lectura de la pérdida de centralidad de los Estados nacionales y la crisis hegemónica de la gran potencia del siglo XX: los Estados Unidos de Norteamérica.¹¹ En este contexto se desarrolla la transición entre la sociedad disciplinaria y la sociedad de control.

El poder disciplinario gobierna, en efecto, estructurando sus parámetros y límites del pensamiento y la práctica, sancionando y prescribiendo los comportamientos normales y/o desviados. Foucault se refiere principalmente al *Ancien Regime* y a la era clásica de la civilización francesa para ilustrar la emergencia de la disciplinariedad, pero en general podemos decir que toda la primera fase de la acumulación capitalista (en Europa y en cualquier otro lado) fue conducida por este paradigma de poder. Por otra parte, debemos entender a la sociedad de control como aquella (que se desarrolla en el punto más extremo de la modernidad, abriéndose a lo posmoderno) en la cual los mecanismos de comando se tornan aún más democráticos, aún más inmanentes al campo social, distribuidos a través de los cuerpos y las mentes de los ciudadanos (Negri & Hardt, 2000, p. 25).

En este proceso, la biopolítica es el paradigma de la sociedad de control. Para Negri (2000) hay varios procesos que se articulan. Primero, la globalización del capitalismo que se extiende y que unifica el mundo bajo un solo modelo productivo. Segundo, la liberación de contradicciones secundarias en los procesos de emancipación y de liberación social que supone el pasaje de los Estados nacionales al Imperio. Contra el discurso crítico a la globalización, Negri y Hardt (2000) defienden el proceso imperial como una etapa necesaria, al igual que Marx lo hacía con la revolución industrial. Tercero, el surgimiento de un tipo de trabajo inmaterial, comunicativo y cognitivo, un saber social como centro de la economía contemporánea que modifica la estructura básica del sistema capitalista industrial por el posfordista. De este hecho surgen dificultades para medir el valor de trabajo, la diferencia entre tiempo de trabajo y tiempo libre, y las condiciones de producción. Si el conocimiento es el valor principal del sistema productivo y el conocimiento circula, se reproduce y se desarrolla fuera del ámbito tradicional del trabajo y la producción (la fábrica, la empresa), todo un modelo de organización institucional entra en crisis. Por último, la multitud que emerge del proceso material se constituye en el actor central de la resistencia al Imperio. Cooperación y comunicación son, entonces, las manifestaciones fundamentales de la resistencia.

El “Estado” digital totalitario

El optimismo redentor anunciado por los filósofos italianos de la biopolítica, en particular Negri, no será acompañado necesariamente por muchos. Incluso, también en el campo de los intelectuales conservadores se prenden las luces de alarma. En particular, un testigo comprometido con este pensamiento es José María Lasalle –director del programa de la Sociedad de la Información del gobierno de Mariano Rajoy (2011-2018)–,¹² quien recuerda la figura de Leviatán, el monstruo mítico del liberalismo, al publicar poco antes de la pandemia *Ciberleviatán* (2019). Para el autor, las dimensiones fáusticas de la crisis se advierten a partir de los procesos de la big data, la robotización de la producción, las formas de dominio y la limitación de las libertades públicas producida por el ciberpatrullaje, la desubjetización del cuerpo, el nacimiento de un imaginario *ciborg* y el desarrollo de un capitalismo de plataformas que hace tabla rasa con el pasado liberal republicano de las democracias occidentales.

Este proceso está determinado por una guerra tecnológica entre los Estados Unidos y China, dos naciones que, una sin historia cultural y la otra sin democracia política, están usando las tecnologías de información para desarrollar un capitalismo de vigilancia y de control, como lo define Zuboff (2018), que pone en riesgo la existencia misma de la experiencia humana. Fuertemente influenciado por las tesis críticas sobre la técnica de los grandes filósofos alemanes, desde Martín Heidegger hasta la Escuela de Frankfurt, como de una reivindicación militante de liberalismo decimonónico representado en la figura de John Locke, Lasalle (2019) augura un destino oscuro para la humanidad si esta no advierte la necesidad de poner freno al desarrollo tecnológico que, en el viejo estilo del romanticismo, se vuelve contra el hombre. Como una suerte de Frankenstein virtual, las personas ahora se subordinan a las fuerzas de un dispositivo de control omnisciente que, prontamente, no necesitará de la vida humana productiva.

Para Lasalle (2019) son cinco los factores determinantes de esta disrupción del desarrollo capitalista que comportan la economía digital de la Sociedad 5.0 en el que la Internet de las cosas, la robotización y la digitalización de las relaciones sociales perforan definitivamente las tradiciones de la democracia política, la división de lo público y lo privado, y las capacidades de los sujetos de hacer su historia.

En primer término, la identidad subjetiva está desapoderándose de lo corpóreo al hacerse virtual. De este modo, como segundo factor, se constituye un «imaginario *ciborg*» que anuncia un transhumanismo en el que lo corpóreo pasa a hacer un software abierto, conmutable con las máquinas e integrado. En tercer lugar, el valor del trabajo humano está siendo marginado por los datos como materia prima del capitalismo cognitivo. Esto es, toda la dimensión de lo sensible y lo fáctico que era la clave determinante del capitalismo productivo, en el que el sujeto, por vía de su inteligencia y de su capacidad de conocer lo real mediante los sentidos, era dueño o propietario de sí, de sus productos. En ese proceso se constituía como ciudadano/a, consumidor/a, propietario/a y productor/a. En cuarto lugar, el sujeto es sustituido por el robot como actor productivo y la cultura, que era consecuencia de las creaciones humanas y del legado histórico de esas creaciones, comienza a ser también producto de las máquinas que copian las emociones humanas. En ese marco, y como quinto factor, se produce la crisis final de las democracias políticas modernas, porque la era digital quiebra los fundamentos de la ciudadanía, que ya no construye el sentido de sus actos a partir de la evaluación racional de los hechos y del debate público de argumentos e ideologías. Así, sostiene Lasalle (2019), sin esfera pública, no hay cultura política democrática.

De la biopolítica a la psicopolítica

No es una paradoja, entonces, que las tradiciones liberal-conservadoras y las tradiciones críticas confluyan. Las tecnologías desafían a todos/as y como una nueva episteme todas las reflexiones, en el marco de este proceso civilizatorio, buscan nuevos horizontes y nuevos mapas para orientarnos. Para Han (2014) la clave de este nuevo engranaje social está en la reconversión del trabajo que implica la economía digital. Partiendo de la tesis foucaultiana sobre el poder, el filósofo surcoreano explica que la promesa de libertad que anunciaban las tecnologías se volvió contra sus dueños. La libertad de hacer, más que la del deber, funciona como una coacción al rendimiento en una sociedad donde la explotación del trabajo se convirtió en autoexplotación de los/as trabajadores/as.

Disueltas las clases por el avance del capitalismo financiero (el neoliberalismo es para Han, como para Foucault, un nuevo orden geopolítico del poder) que impone una sociedad de empresarios/as, cada individuo es, ahora, su propio amo, su propio patrón. Si la libertad, entendida por el marxismo, era un concepto relacional, ya que nadie podía ejercerla sino a condición de las posibilidades que brindaba la vida en común, la libertad individual del capitalismo de la cuarta revolución industrial es una nueva sujeción. Para Han (2014), las contradicciones entre fuerzas productivas y relaciones de producción, que el marxismo esperaba agudizar en provecho de una revolución que las disolviera, se corrige en la sociedad de control digital, donde cada individuo internaliza una condición de autoexplotación. Contra la tesis de Negri y los operaístas,¹³ que veían en el desarrollo de la producción inmaterial un nuevo principio de la transformación del sistema capitalista, en el que ahora no la clase obrera sino la multitud se vuelve el sujeto de la emancipación social, para Han (2014), en realidad, los individuos viven en *solitude*, en soledad, aislados, individualizados, bajo el control de un panoptismo como dispositivo de vigilancia virtual. La sociedad de la transparencia es otro dispositivo de encierro, de control, facilitado por las redes sociales, las pantallas y los teléfonos inteligentes (*smartphone*).

En este proceso de hiperconectividad lo que desaparece es lo común, porque cada receptor/productor, cada interface de la red se aísla, se vuelve un átomo narcisista, paradójicamente, encapsulado en una red interminable. La diferencia fundamental entre Han (2014) y Negri (2000) es que el primero plantea que el capitalismo es «insuperable». Que el sistema capitalista escapa hacia el futuro. A diferencia de Negri (2000), que advierte que las contradicciones entre fuerzas productivas y relaciones de producción –a partir, centralmente, del desarrollo del trabajo inmaterial, que implica una desvalorización del trabajo material, corpóreo–, serán superadas por una sociedad nueva, para el filósofo surcoreano el neoliberalismo es la respuesta a aquella contradicción, una respuesta que convierte a los/as trabajadores/as en empresarios de sí mismos, una cultura del rendimiento que interioriza la autoexplotación. Es el trabajo comunicativo, inmaterial, digital, el que posibilita este pasaje. Aunque la diferencia entre ambos está dada porque mientras para Negri (2000) la biopolítica está determinada por el poder de control de las masas, mediante dispositivos demográficos, sanitarios,

cuantitativos, para Han (2014), por el contrario, el poder deriva hacia un control de la mente, de la psiquis, neurológico. El dispositivo de los *smartphone* refleja para Han (2014) la dictadura del «me gusta». Una forma de control intersubjetiva en la cual los dispositivos de vigilancia ya no tienen centro, no son ya dispositivos de un poder en particular, sino de una sociedad que se autoexplota.

La técnica de poder del régimen neoliberal adopta una forma sutil. No se apodera directamente del individuo. Por el contrario, se ocupa de que el individuo actúe de tal modo que reproduzca por sí mismo el entramado de dominación que es interpretado por él como libertad. La propia optimización y el sometimiento, la libertad y la explotación coinciden aquí plenamente (Han, 2014, p. 26).

Con cierta nostalgia, podemos pensar que la escucha compartida de la sociedad de masas, de los medios de comunicación tradicionales, como vínculo social, desaparece y, por tanto, la ciudadanía que fundaba el espacio público mediático se evapora. Por eso es tan fácil ver proliferar los relatos paranoicos, cripto/conspirativos, las noticias falsas y ese suelo de posverdad en el que parece que nos movemos. ¿Cómo chequear con otros/as lo que es verdad si no salgo de mi propia burbuja? ¿Cómo validar con lo real mis dudas, mis incertidumbres, mis certezas si no es con otros/as que atraviesan experiencias similares? ¿El mundo digital que prometía viajes extraordinarios se ha vuelto opaco, engañoso? ¿Están, así, definitivamente anuladas las posibilidades de resistencia, de revueltas, de impugnaciones? ¿Es completamente definitivo el cierre de este círculo de dominación sobre los sujetos?

En *La pregunta por la técnica* ([1962] 2021), Heidegger observa: la técnica moderna, esta que nos implica como una imposición, un engranaje, que en su esencia no es técnica sino ontológica, ante la que es imposible evadirnos, sea que la aceptemos o la rechacemos, se diferencia fundamentalmente de la técnica antigua en la medida en la que produce en la naturaleza modificaciones irremediables. La fuerza que las sociedades tradicionales podían extraer del viento –por ejemplo, a través de un molino–, no modificaba la naturaleza esencial del aire. Por el contrario, la energía que extraemos en la actualidad de una represa hidroeléctrica, necesariamente, implicó

la modificación del cauce del río. En este sentido, los avances científico / tecnológicos son provocaciones, dice Heidegger ([1962] 2021), por las cuales somos luego transformados, puestos a disposición, como el bosque del que se extraen maderas para la elaboración del papel que sustenta la producción informativa de noticias al servicio de la opinión pública. De este modo, el distante leñador que cuida esa naturaleza arbórea está, sin saberlo, «dispuesto», es un engranaje de la sociedad urbana moderna. ¿La única opción es, por momentos, tomar distancia? ¿Refugiarnos de algún modo en una cabaña en el bosque como lo hizo el propio Heidegger? ¿Es posible?

¿Hay que controlar las noticias falsas?

A modo de provisoria conclusión

El circuito que se constituye es realmente perturbador y el filósofo surcoreano no hace nada para disimularlo. La extensión de la red informática, la conectividad a dispositivos, redes, plataformas, servicios y registros administrativos (estatales o privados) ha reforzado una concentración y una interpenetración humana sobre la cual diferentes instancias establecen procedimientos de control y de vigilancia. En la actualidad, nadie puede retirarse de este sistema vertiginoso y absoluto (alejarse, quizás, como el filósofo existencialista en su cabaña de Selva Negra)¹⁴ y todos/as estamos expuestos/as a datos, noticias, informaciones, comentarios, testimonios, experiencias, verdaderas o no, que proliferan por el mundo con una velocidad inaudita, en la que somos, a la vez, consumidores/as y productos.

En ese contexto, en este engranaje (*gestell*),¹⁵ las noticias falsas funcionan como refuerzo de narrativas producidas por prolongadas construcciones sociales y perceptivas (Murolo, 2019), que resultan afianzadas por las burbujas algorítmicas, que redundan los mensajes y los certifican, muchas veces en forma dudosa, aunque no fácilmente percibidas por las audiencias debido a sus sutiles mecanismos de manipulación y/o desinformación. De este modo, la verosimilitud se confirma a partir de dejar pasar los procesos de chequeo informativo, las desmentidas, o las lisas y llanas contravenciones en las que puedan terminar implicados los autores. Como en el caso de Mr. Tucker, la admisión del propio protagonista sobre su error jamás tuvo la difusión que el tuit del presidente Trump con la noticia falsa. Como destacó

Ramonet (2016), las GAFAM concentran 90% del tráfico mundial de información y en pocos años, cuando esos tentáculos hayan alcanzado la totalidad del mundo, cada persona del planeta habrá dejado en la red todos sus datos: sus gustos literarios, de vestimenta, turísticos, movimientos urbanos, emociones y relaciones. Todo. Así, entre otras muchas inquietudes, cabe preguntarnos: en un mundo de lógicas globales de digitalización de la producción simbólica y las relaciones sociales, ¿cómo hacer frente a las estrategias de desinformación interesadas que vulneran los derechos básicos a la información y a la comunicación como principios fundamentales de las democracias contemporáneas? ¿Hay posibilidades de desengancharnos del engranaje digital que determina nuestro modo «de ser en el mundo» y de experimentar una vida que no sea solo una reacción a esa disposición técnica?

Hasta ahora, las formas de enfrentar estos procesos se agrupan en tres grandes tipos de estrategias: normativas, de auditoría y de alfabetización digital. Las estrategias que llamamos normativas son aquellas que apuntan al diseño de normas y/o protocolos para el control de usos y la verificación de noticias falsas, con disposiciones que buscan generar marcos transparentes para la circulación informativa. Normas también antimonopolios, de responsabilidad sobre algoritmos y sobre particulares formas de estigmatización en las propias plataformas como las que propone el [Observatorio Latinoamericano de Regulación, Medios y Convergencia \(Observacom\)](#). En este ámbito, es significativo el desarrollo de una línea de investigaciones y de acciones sobre lo que comienza a definirse como «infodemia».¹⁶ Así, surgen las más amplias iniciativas de regulación de noticias falsas, de ciberodio en las redes sociales, de violencia de género, etc. Sin abogar por esta solución, hasta el momento, solo dos países avanzaron en la sanción de normativas que persiguen la difusión de noticias falsas: Alemania, en 2017, y Francia, en 2018 (Weidenskauffer, 2019).¹⁷

Las estrategias que denominamos de auditoría, «accountability», de rendición de cuentas, de *fact-checking*, son aquellas a través de las cuales se tratan de verificar y de analizar las noticias falsas como tácticas de desinformación. Pueden ser implementadas por instancias privadas como las ONGS o por organismos públicos autárquicos como las defensorías del público, en los que los productores se ven sometidos a un examen de veracidad, pertinencia, buenos usos de la información, etc., en las que se busca modificar prácticas

o tradiciones en la producción informativa. El ejemplo más elocuente que atestigua estos cambios en las formas de producir noticias y de rever viejas costumbres periodísticas es el que remite a las formas de cubrir, de titular y de reproducir noticias relacionadas con femicidios al interior de los vínculos afectivos; en general, durante muchos años estos casos fueron sindicados en la prensa como «crímenes pasionales» hasta que un nuevo consenso social producto de la acción de informadores/as comprometidos/as con las causas del feminismo deconstruyeron la denominación que encubría la violencia machista.¹⁸

La tercera de las estrategias se inscribe de la línea de las políticas de alfabetización digital o mediática (Buckinham, 2005), planteadas como acciones tendientes a la formación de audiencias críticas. Según Nuria Fernández-García (2017) son muchas las iniciativas destinadas a promover estas estrategias. Incluso, redes sociales como Facebook han adherido a instituciones académicas que realizan programas educativos tendientes a capacitar a los jóvenes para distinguir la buena información de la mala información. Así Fernández-García (2017) syndica proyectos como el *New Literacy Project* que trabaja con educadores/as y con periodistas para enseñar a los/as estudiantes secundarios a diferenciar hechos de ficción. En la Argentina, la **Defensoría del Público** desarrolla desde hace algunos años diferentes líneas de capacitación para las audiencias. En el marco de su programa Alfabetización mediática y educomunicación, desde 2020 se imparten diferentes cursos y talleres para niños/as y adolescentes, en sindicatos, centros de jubilados, universidades y escuelas.

La pregunta central es si estas estrategias son suficientes. Evidentemente, la proliferación de los discursos de odio, la derechización de los procesos políticos bajo una lógica de exclusión y de supervivencia del más fuerte y el descreimiento en las democracias nos hablan de un momento de crisis en el que la concentración de poder simbólico pareciera corresponderle. Para muchos/as esta correspondencia no es azarosa. El avance progresivo, desde finales de la última década del siglo XX, de las tecnologías digitales –lo que algunos llaman la cuarta revolución industrial (que suma a la automatización, la Inteligencia Artificial y la digitalización social)– fue acompañada por un incremento significativo de la concentración de la riqueza, similar a la producida durante los años previos a la Primera Guerra Mundial. Thomas

Piketty lo señaló con crudeza en el voluminoso tomo *El capital en el siglo XXI* (2013). De ahí que, inexorablemente, el combate contra las formas diferentes de exclusión en las «formas tecnológicas de vida» (Lash, 2005), tanto materiales como simbólicas, deben apalancarse más en las primeras que en las segundas. Como ya demostró hace mucho tiempo la historia, en diversos procesos político sociales, son las dimensiones materiales de la producción de la vida las que requieren más urgentemente de políticas de regulación que tiendan a la redistribución de la riqueza. Y es sobre esas condiciones de igualdad, generadas (inexorablemente, como sugiere Piketty [2013]) por las políticas públicas, que las condiciones de acceso, de resignificación, de lecturas críticas, de apropiación del capital simbólico (vía redes sociales, educación formal e informal, medios tradicionales, entornos digitales, etc.) serán posibles y reales.

Ahora bien, esas conquistas no se producen por arte de magia ni se logran apostando en un juego de dados. Se alcanzan en el marco de procesos que se caracterizan, en general, por una fuerte movilización social, por la gestación de solidaridades que cruzan geografías, comunidades, generaciones e identidades, tanto en el mundo en línea como fuera de línea, en los territorios inmateriales de la digitalidad como en la presencialidad de los tradicionales espacios públicos y los medios de comunicación. Porque, como todo proceso histórico, las contradicciones del sistema siempre experimentan avances y retrocesos, convulsiones larvadas y explosiones de rebeldía y de resistencia. Una de esas manifestaciones es la que asoma claramente a la luz en los últimos años y que refleja una capacidad de discutir el orden establecido como pocas veces hemos visto. Me refiero a los cambios y las transformaciones que promueve el movimiento feminista, que en el campo de las comunicaciones tiene una significación destacada. Es esta experiencia, que denominaré la rebelión digital del feminismo, la que puede iluminar una nueva cartografía para las luchas emancipatorias, en la que lo digital, el engranaje del que venimos hablando, pueda ser no solo de sujeción. Es evidente que las mujeres en su accionar rompieron la *solitude* de la que habla Han y movieron el tablero de una forma inédita y definitiva.

Referencias

Alandete, D. (2019). *Fake news, la nueva arma de destrucción masiva*. Deusto.

Aparici, R. y García-Marín, D. (2019). *La Posverdad, una cartografía de los medios, las redes y la política*. Gedisa.

Boczkowski, P. (2006). *Digitalizar las noticias. Innovaciones en los medios online*. Manantial.

Buckinham, D. (2005). *Educación en medios*. Paidós.

Calvo, E. y Aruguete, N. (2020). *Fake News, trolls y otros encantos*. Siglo XXI.

Cebrelí, A. y Rodríguez, M. G. (2013). Algunas reflexiones sobre representaciones y medios. Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata.
<http://www.revistatrampas.com.ar/2014/05/algunas-reflexiones-sobre.html>

Deleuze, G. (1999) [1990]. *Conversaciones 1972-1990* (Trad. de José Luis Pardo). Pre-Textos.

Dussel, I. (2013). Prólogo. En J. Van Dijck, *La cultura de la conectividad*. Siglo XXI.

Eco, U. (1987). *La estrategia de la ilusión*. Lumen/de la Flor.

Foucault, M. (2000). *Defender la sociedad*. Fondo de Cultura Económica.

Han, B. (2014). *Psicopolítica*. Herder.

Hardt, M. y Negri, A. (2000). *Imperio*. Paidós.

Heidegger, M. ([1962] 2021). *La pregunta por la técnica*. Herder.

Ianni, O. (1995). *Teorías de la globalización*. Siglo XXI.

Keucheyan, R. (2018). *Hemisferio Izquierda*. Siglo XXI.

Lasalle, J. M. (2019). *Ciberleviatán*. Arpa & Alfil.

Lash, S. (2005). *Crítica de la información*. Amorrortu.

Levi, S. (2019). *#Fakeyou, Fake news y desinformación*. Audible Estudios.

Loreti, D. (2021). *Redes sociales, plataformas digitales y libertad de expresión: obligaciones de los actores no estatales*. Observatorio Latinoamericano de Regulación, Medios y Convergencia.

<https://www.observacom.org/redes-sociales-plataformas-digitales-y-libertad-de-expresion-obligaciones-de-los-actores-no-estatales/>

Mattelart, A. y Mattelart, M. (1997). *Historia de las teorías de la comunicación*. Paidós.

McIntyre, L. (2017). *Posverdad*. Cátedra.

Murolo, L. (2019). La posverdad es mentira. Un aporte conceptual sobre fake news y periodismo. En R. Aparici y D. García-Marín (Coords.), *La posverdad. Una cartografía de los medios, las redes y la política* (pp. 60-80). Gedisa.

Oreskes, N. y Conway, E. (2018). *Mercaderes de la duda*. Capitán Swing.

Panitch, L. (2011). *La construcción del capitalismo global*. Akal

Pariser, E. (2017). *El filtro burbuja*. Taurus.

Piketty, T. (2019). *El capital en el siglo XXI*. Paidós.

Ramonet, I. (2016). *El imperio de la vigilancia. Nadie está a salvo de la red global de espionaje*. Capital intelectual.

Rincón, O. y Ponte, M. (2020). *Fakecracia*. Biblos.

Sanguinetti, L. (2021). *Las revoluciones de la comunicación*. Edulp.

Sanguinetti, L. (2023). El engranaje y la rebelión. Tecnologías de la comunicación y sociedad (siglo XX y siglo XXI) (Tesis de doctorado). Universidad Nacional de La Plata, Argentina.

<http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/150453>

Van Dijck, J. (2016). *La cultura de la conectividad*. Siglo XXI.

Vattimo, G. (1989). *La sociedad transparente*. Paidós.

Verón, E. (2012). Prólogo. En Carlón, M. y Neto, F. (Comps.), *Las políticas de los internautas*. La cruzja.

Weidenskauf, C. (2019). *La regulación de las fake news en el derecho comparado* [Informe]. Asesoría Técnica Parlamentaria, Congreso Nacional de Chile.

https://www.bcn.cl/asesoriasparlamentarias/detalle_documento.html?id=74244

Wolton, D. (1999). *Sobre comunicación*. Acento.

Zuboff, S. (2018). *La era del capitalismo de la vigilancia*. Paidós.

Fuentes

Boczkowski, P. (2016). La postverdad. *Anfibia*.

<https://www.revistaanfibia.com/la-postverdad>

Cantando, M. (13 de diciembre de 2018). El peronismo presiona al gobierno para penalizar las fake news y los trolls. *La política online*.

<https://www.lapoliticaonline.com/nota/116734-el-peronismo-presiona-al-gobierno-para-penalizar-las-fake-news-y-los-trolls/>

El régimen chino instaló cámaras de vigilancia dentro y fuera de miles de casas para controlar a sus habitantes en cuarentena por el coronavirus (20 de abril de 2020). *Infobae*.

Halliday, J. (22 de noviembre de 2010). Tim Bernerd-Lee: Facebook could fragmented the web. *The Guardian*.

<https://www.theguardian.com/technology/2010/nov/22/tim-berners-lee-facebook>

Han, B. (22 de marzo de 2020). La emergencia viral y el mundo del mañana. *El País*. <https://elpais.com/ideas/2020-03-21/la-emergencia-viral-y-el-mundo-de-manana-byung-chul-han-el-filosofo-surcoreano-que-piensa-desde-berlin.html>

Nyhan, B. (16 de febrero de 2018). El verdadero efecto político de las noticias falsas. *The New York Times*.

<https://www.nytimes.com/es/2018/02/16/espanol/efecto-politico-noticias-falsas.html>

Ramonet, I. (9 de noviembre de 2016). Las 7 propuestas de Donald Trump que explican su victoria. *Le Monde Diplomatique*.

<https://www.eldiplo.org/notas-web/las-propuestas-de-trump-que-explican-su-victoria>

Notas

1 Para muchos/as, en realidad, lo que resulta dudoso es la transmisión televisiva de aquella hazaña. ¿Era posible que se hubiera podido transmitir en directo aquel momento histórico?

2 El documento es uno de los primeros que suscribieron organismos internacionales multinacionales haciendo referencia al problema de la difusión de noticias falsas y el desarrollo de estrategias de desinformación; sin embargo, el mismo documento es categórico en no avalar que estas noticias falsas se tomen como excusa para imponer restricciones a la circulación de información.

3 En referencia a la periodista Viviana Canosa.

4 Basta con ver los ejemplos del debate al interior del partido demócrata norteamericano en las expresiones de Berni Sandler o de Alexandria Ocasio-Cortéz.

5 Eli Pariser es un activista digital, director ejecutivo de MovOn.org, organización dedicada a promover causas de ciudadanía y de participación democrática en los Estados Unidos.

6 Algoritmo que puntea las diferentes páginas sobre la base de una serie de factores como calidad, velocidad de renovación, enlaces, para luego ubicarla en el buscador. Este algoritmo de Google funciona desde 1999 y ha tenido, desde entonces, innumerables actualizaciones.

7 El denominado caso Tucker refiere al hecho ocurrido en el marco de la campaña electoral para las presidenciales de los Estados Unidos durante 2016. Al observar micros estacionados cerca de un encuentro de los partidarios demócratas con su candidato, Tucker subió un tuit haciendo referencia a que las movilizaciones partidarias demócratas eran sostenidas por un aparato político que llevaba a la gente. Este tuit fue replicado, inmediatamente, por Donald Trump lo que amplificó la noticia. Finalmente, se descubrió que los micros no estaban relacionados con el acto demócrata, pero la desmentida de Tucker no tuvo la trascendencia de la réplica de Trump.

8 Byung-Chul Han es el filósofo más renombrado de los últimos años. Con obras breves, precisas, este migrante europeo proveniente de Corea, que escribe en alemán, ha desarrollado en una serie de ensayos una suerte de hermenéutica de la experiencia contemporánea. En *La sociedad del cansancio* (2010), *Psicopolítica* (2014), *El aroma del tiempo* (2015) y otras obras, reflexiona sobre cuestiones como la política, los medios y las tecnologías, la subjetividad y el trabajo, en una prosa sencilla, con matices heideggerianos, de un lúcido pesimismo.

9 Shoshana Zuboff (2018) denuncia una suerte de pacto de connivencia entre las plataformas y la administración Obama.

10 La entrevista fue realizada por un profesor de Filosofía en la Universidad de Lovaina. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=0H2gqpJTU4E>

11 En este punto, es interesante seguir el debate entre Antonio Negri y Leo Panitch en el texto de Keucheyan (2018) sobre el declive o no de los Estados Unidos y, en general, de los Estados nacionales en esta etapa de la economía global. Si podemos hacer un excesivo resumen, lo que Panitch plantea en su ensayo de 2011 es que este proceso sería inexplicable sin el rol determinante del Estado norteamericano.

12 Mariano Rajoy fue Presidente del Gobierno de España durante el período 2011-2018. Integrante del Partido Popular, de línea conservadora.

13 El «operaísmo» es una corriente de la militancia político filosófica que tuvo su relevancia en la Italia de los años sesenta y setenta, cuyo referente político más reconocido fue el grupo Podere Operario, una escisión del Partido Comunista Italiano. En la actualidad, se identifican con esta corriente filósofos como Toni Negri y Michael Hardt.

14 En el verano de 1922, el filósofo alemán se mudó a un pequeño refugio construido para él en las montañas de la Selva Negra, al sur de Alemania. Heidegger llamó a este edificio la cabaña.

15 Distintas traducciones definen el concepto alemán *gestell* como ‘dis-puesto’, como ‘engranaje’. Sintéticamente, implica la idea de que el avance de la técnica moderna, a diferencia de la técnica antigua, supone un cambio esencial en la relación entre el hombre y la naturaleza, ya que el mundo natural es provocado (en esta provocación la sociedad transforma la naturaleza) como reserva de energía, como engranaje, que, paradójicamente, termina envolviendo al hombre y situándolo como dispuesto hacia la técnica, que se convierte en dominante (Sanguinetti, 2023).

16 El concepto de infodemia viene siendo trabajado desde diferentes perspectivas. A los efectos de profundizar sobre esta cuestión recomendamos el trabajo de Damián Loreti (2021) para Observacom.

17 Al momento de redacción de este trabajo, en la Argentina se han presentados dos proyectos: el del diputado demócrata cristiano por Córdoba, Juan Brugge, que propone crear una Comisión Verificadora en el ámbito de la Cámara Nacional Electoral de noticias falsas (Cantando, 13/12/2018), y el del senador Adolfo Rodríguez Saa, presentado en 2020, que entre otros aspectos crea una comisión de expertos evaluadores de las noticias falsas en la que, paradójicamente, no hay periodista.

18 Otro caso que ilustra las acciones de *fact-checking* o rendición de cuentas es el informe elaborado por la Defensoría del Público de Servicios de Comunicación Audiovisual en relación con el caso de la periodista argentina, anteriormente mencionado. Respecto de las acciones de desinformación en el contexto de la pandemia, la periodista argentina Viviana Canosa, del medio América, recibió un dictamen elaborado sobre la base de un estudio socio-semiótico a partir de los reclamos presentados por televidentes, ante reiteradas informaciones en las que aludía a falsas noticias sobre los procedimientos de hisopado y de diagnóstico sobre la covid-19 realizados en España. El dictamen señala que Canosa incurrió en la mediatización de un «discurso que promueve el pánico social, la alarma y la desinformación entre las audiencias acerca del sistema de testeos e hisopados que se implementan para detectar y diagnosticar el covid-19» (Defensoría del Público, Nota 130/2021).